



EB



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 461

25 CTS.

PROPAGANDA



La venganza
del faraón

POR
Suzy Vernon
Benno Smitt
y Gustav Disst

FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: } Pasaje de la Paz, 10 bis
Francisco-Mario Bistagne } TELÉFONO 18551

Año IX BARCELONA N.º 461

La venganza del faraón

Dramático asunto, interpretado por
Suzy Vernon, Benno Smitt y Gustav Disst



Exclusiva de
Ferrer Stengre. — Alicante
Representante para Cataluña Aragón y Baleares
JOSÉ PIÑOT

Valencia, 228 _____ Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
RAYMOND MILLAND

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura



La venganza del faraón

Argumento de la película

En Egipto, entre el Nilo y el Mar Rojo, está el desierto Arábigo, y en sus vastas soledades el llamado Valle de los Reyes, donde duermen numerosos monarcas egipcios el eterno sueño.

Como Cheops y otros faraones hallaron sepultura en las pirámides ingentes, muchos de estos soberanos egipcios fueron inhumados en el Valle de los Reyes. Así, Amenhotpon, hijo del famoso Sesostris.

Harry Spencer, egiptólogo inglés, perseguía, como ideal supremo de sus arqueológicas devociones, el descubrimiento de una tumba faraónica.

Inteligente auxiliar de Spencer en los traba-

jos de museo, era Gladys, su hija, una preciosa muchacha de veinte años.

En Luxor, una de las ciudades erigidas sobre el emplazamiento de la antigua Tebas, se reclutaban operarios para el incansable arqueólogo inglés.

Cuidaba de esta misión, Achmed, un indígena al servicio de Spencer, para quien era todo dedicación y lealtad.

El joven George Harrison, que cursó la arqueología en la célebre Universidad de Oxford, era colaborador científico de Spencer y el prometido de su hija.

Spencer, su hija y George, que llevaban ya algunos meses residiendo en Egipto, acordaron un día comenzar los trabajos de excavación de una de las tumbas faraónicas.

Aprobado ya el plan a seguir para la investigación de aquellos descubrimientos que habrían de enriquecer a la ciencia, Spencer y los suyos se dirigieron a presenciar uno de los actos más solemnes que se celebraban en la ciudad.

El Cairo, la capital de Egipto, que se eleva sobre las ruinas de la antigua Menfis, estaba de fiesta.

Era el día en que la santa alfombra se trasladaba procesionalmente a la Meca, la ciudad sagrada de Hedjaz, cuna de Mahoma.

Una muchedumbre inmensa presenciaba el paso del relicario de la santa alfombra, enclavada en urna de rica taracea.

Con verdadero fanatismo se postraron ante aquella reliquia tan amada. Spencer y sus acompañantes tuvieron que confesar las dificultades en que se encontraría siempre la civilización europea para llevar a esos espíritus cerrados un poco de la dulce cultura occidental.

Horas más tarde de ser paseada majestuosamente la reliquia, el Jedive recibía en su palacio una extraña visita.

El Jedive gobernaba el Egipto bajo la influencia de Inglaterra y dominado por esta nación protectora.

Quien le visitaba era Hussein Kemal, jefe del partido nacional egipcio, fundado por Arabi-Bajá en 1882, partido que consideraba profana violación la entrada de los extranjeros en las tumbas de los reyes.

Hussein, después de los saludos de rúbrica, dijo:

—Jedive. ¡Hay que impedir las excavaciones que se anuncian! La agitación del pueblo está contenida por la santidad del día... pero no respondo de lo que pueda ocurrir.

—Mucho lo siento, pero las excavaciones están autorizadas legalmente—respondió el Jedive con severidad.

—En ese caso, no respondo del orden.

Y sin darle nuevas explicaciones partió con el ceño preocupado del hombre sobre el que recae una gran responsabilidad.

Hussein dirigióse poco después a cierto local situado en los alrededores de El Cairo, donde

los nacionalistas celebraban una reunión para propugnar la que tenían por sagrada causa.

Las soberbias pirámides y la gran esfinge de Gizeh, hoy parcialmente enterrada en las arenas, vieron acudir a la asamblea partidarios de todos los puntos del reino.

Entre los asistentes a la reunión figuraba la bella princesa Leila, descendiente de monarcas egipcios y fervorosa entusiasta de las tradiciones y creencias de sus compatriotas.

Hussein, que se hallaba enamorado de ella, le dijo al entrar:

—Dichoso con tu presencia, Leila... y más dichoso si de tu interés por nuestra causa alcanza algo... a su caudillo.

Leila se limitó a sonreír, pues no era amor, sino afectuosa amistad el sentimiento que la unía con el jefe.

Después de hablar varios oradores propugnando por la enérgica defensa de la tierra egipcia, usó de la palabra Hussein Kemal.

—Bajo el pretexto de exploraciones científicas, los extranjeros se disponen a profanar en Luxor las tumbas de los Faraones. ¿Habéis de tolerar mansamente este desacato?

—¡No! ¡No!—clamaron mil voces.

La voz de uno de los magnates interrumpió para decir:

—¡Tened prudencia! Yo os digo que todo intento de impedir la irreverencia será reprimido con mano fuerte... Es mucha la influencia de los extranjeros sobre las autoridades...

—A pesar de los temores de los prudentes, evitaremos las excavaciones — contestó Hussein—. Lo que no logre la petición amistosa, lo obtendrá la fuerza. ¡Juremos que nadie turbará el sueño milenarío de nuestros reyes!

Un griterío indescriptible contestó a la invitación del caudillo y la muchedumbre levantó los brazos en señal de venganza.

Estaban dispuestos a luchar para que el extranjero no profanara las tumbas... Y salieron del local como guerreros prontos a lanzarse al combate.

* * *

En el Palace Hotel de Luxor se celebraba aquella noche una elegante velada. A ella acudía lo más selecto de la sociedad extranjera y también algunas personalidades importantes del país.

Entre éstas figuraban la princesa Leila y el jefe nacionalista Hussein Kemal.

Harry Spencer, su hija Gladys y George Harrison, el prometido de la joven, eran objeto de toda clase de preguntas ante el resultado de las excavaciones que iban a comenzar. Ellos contestaban sonrientes, procurando satisfacer todas las curiosidades.

Leila, al ver a George palideció y sacudió su cuerpo un súbito estremecimiento.

Al propio tiempo, George separándose un po-

co de su prometida y de sus otros amigos, avanzó hacia la princesa y le dijo:

—Pero, ¿no es usted mi antigua compañera en la Universidad de Oxford?

—Sí, sí. ¡Qué alegría encontrarnos aquí desde las aulas inglesas!

Ella estaba conmovida. A pesar de su odio hacia los que iban a profanar las tumbas faraónicas, sentía por George Harrison el dulce afecto que causan las amistades de la juventud.

Estuvieron charlando unos momentos hasta que George presentó la princesa Leila a sus amigos.

Pronto el arqueólogo abandonó a la princesa para dedicarse por entero a Gladys.

Leila sonrió tristemente viendo el desvío de su antiguo compañero de la Universidad.

Viendo su ternura para Gladys, explicábase Leila la frialdad de George en los días universitarios que acababan de evocar.

Toda la velada la pasó con cierta melancolía, contemplando al muchacho que en Oxford había sido, para ella, la primera ilusión de sus anhelos juveniles.

Entretanto, Hussein aconsejaba a Spencer:

—No creo prudentes las excavaciones en esta época. Las estorbarán con su labor política las organizaciones secretas y con sus asaltos los bandidos que infestan la comarca.

—No soy de esa opinión—dijo el arqueólogo—. Los egipcios quieren paz, y en todo caso sabríamos defendernos.

—Era sólo una advertencia.

La fiesta se prolongó hasta más de media noche. Hussein no se movió ya del lado de la princesa Leila, pretendiendo seducir su corazón con sus palabras amorosas, pero ella no le hacía demasiado caso. Sus grandes y hermosos ojos se clavaban en George y en Gladys, la pareja enamorada y feliz.

¡Qué locura seguir pensando en aquel hombre! No... no... Nunca podría obtener una correspondencia grata, y en todo caso, no debía ella olvidar que George Harrison era uno de los hombres que al amparo de la civilización pretendían violar el sueño de los primeros faraones.

Al día siguiente comenzaron las excavaciones. Una porción de obreros reclutados por Achmed y dirigidos por Spencer y George ayudaban en su trabajo. No obstante los consejos de Hussein, las excavaciones se efectuaban con febril actividad en el Valle de los Reyes.

Durante varios días se trabajó sin tregua hasta conseguir algunos hallazgos que hacían alimentar alentadoras esperanzas para lo futuro.

Enterradas en la tierra se encontraron vasijas, joyas, ánforas y multitud de objetos pertenecientes a aquellos tiempos. A golpes de piqueta iban prosiguiendo la demolición de las grandes piedras que habían de dejarles libre la entrada a los sepulcros.

Algunos días después, Hussein Kemal dió

en su suntuosa villa una brillante recepción nocturna.

Invitó a Spencer y sus amigos, a los que demostraba gran afecto, pero odiándolos en el fondo con toda su alma, sintiéndose herido por ellos en sus caros sentimientos de patriota.

Se hallaban ya congregados todos los invitados a la recepción. Hussein llamó aparte a uno de sus secuaces, a cierto mago llamado Hassan, y le dijo señalándole de lejos a Spencer, su hija y su prometido George:

—Esos son los arqueólogos, Hassan... A ver si les infundes el terror a sus planes.

—¡Confía en mí!

Hussein avanzó hacia el centro de la sala y anunció:

—Tengo preparada una sorpresa que espero ha de ser grata a mis amables invitados. El mago Hassan Ben Mehmed va a amenizarnos la noche con sus juegos de maravilla.

El aludido comenzó su actuación escamoteando diversos objetos que tenía sobre la mesa, así como un mono. Y todo lo realizó con tal presteza, con tan absoluta rapidez que causó la admiración de los invitados que por un momento se sintieron transportados al maravilloso reino de lo absurdo.

—Yo puedo disminuir a una persona hasta encerrarla en un pequeño recipiente de cristal —siguió diciendo el mago—. ¿Quién se presta a tan divertida experiencia?

Un joven se levantó y avanzó hacia el estrado. Era un inglés alegre y excéntrico.

—Me resignaré—dijo—. Siempre que no me embotellen en extracto de carne...

El mago, sonriente, le cubrió con un gran manto negro, y momentos después levantó éste... La concurrencia, asombrada, comprobó que el joven había ya desaparecido.

Intrigada por aquellos misterios de la magia oriental, siguió con gran atención su desarrollo.

Y de pronto vió aparecer, encerrada dentro del recipiente de cristal que Hassan tenía sobre la mesa, la figura del muchacho, empuñada, disminuída, raquíca, como la de un muñeco.

Allí, dentro de aquella minúscula cárcel, le tuvo durante largo rato. El joven se movía, golpeteaba en el pequeño recinto, parecía desesperarse buscando la libertad.

El experimento causó la admiración de todos que se preguntaban cómo el mago podía convertir un hombre de estatura normal en un enano insignificante.

La cosa, sin embargo, no era difícil para el embaucador Hassan: unos espejos combinados y discretamente ocultos reflejaban en el recipiente todo lo que ocurría en una habitación contigua donde el joven inglés se hallaba realmente encerrado.

La combinación de espejos empuñecía la figura del inglés, simulando ponerla dentro del recipiente.

Durante un cuarto de hora estuvo preso el muchacho. Después el mago, acompañándose de un gran trapo negro, pareció sacar el enano del frasco.

Colocó el manto en el suelo y volviéndolo a alzar apareció la figura normal del joven, quien regresó a su puesto, protestando contra el mal rato que acababa de sufrir.

Hassan ahogó los comentarios diciendo:

—Ahora, señores, solicito el concurso de un médium para hacer predicciones sobre el futuro.

Nadie se levantó al principio, pero luego la princesa Leila avanzó sonriente hacia el estrado.

El jefe nacionalista Hussein le hizo una seña de inteligencia. ¡Cuidado, Leila, no equivocarse en lo que iba a decir!

Ella contestó con una leve e imperceptible inclinación, como si asegurara que había comprendido bien.

—¿Desea alguien dirigir una pregunta al médium?—preguntó el mago.

Sonriente, Hussein invitó a George a hacerlo, y éste aceptó.

El mago simuló hipnotizar a Leila, que quedó en un estado de semi-inconsciencia.

—Vamos a ver, princesa—preguntó George—. ¿Espera a nuestra empresa de excavación la victoria o el fracaso?

Parpadearon los ojos de Leila, apareció su

mida en una violenta excitación interior y luego dijo con voz fantasmal:

—Veo... el Valle de los Reyes... Es la entrada de una tumba... Un hombre va hacia la escalinata... Quiere penetrar en la sagrada cripta....

Todos la escuchaban con gran interés... Hussein sonreía... ¡Ojalá con las estudiadas predicciones de la médium, los ingleses dejaran sus trabajos!

—Siga... siga...—le dijo el mago.

—El hombre avanza en la tumba... pero... ¡ay!... ¡qué horror!... Ha caído... sí... muerto... ¡Desgraciado! ¡Ha sufrido la venganza del Faraón!

Dió muestras de una gran excitación. El mago volvió a la princesa su lucidez.

Había terminado la sesión. Mas, a pesar de aquellos pronósticos, George y Spencer se hallaban perfectamente tranquilos. No así Gladys, que se debatía nerviosa, temiendo que la continuación de aquellos trabajos iba a traerles muchas desgracias.

Hussein estaba contento. Tal vez la superchería de la médium habría conseguido almar a los ingleses y suspender sus obras.

Pero George no era de esa opinión y cuando la princesa Leila adelantó sonriente hacia él, que estaba reunido con su novia y el arqueólogo Spencer, le dijo:

—Llegó usted a alarmar a Gladys con sus bobadas, amiga Leila.

—¿No cree usted, George, en avisos del cielo que trazan senda a las acciones humanas?

—Creo en muchas cosas... pero en super-



—Siga... siga...—le dijo el mago.

cherías, no. Seguiré las excavaciones hasta el fin.

Leila se alejó tristemente para ir a reunirse con el jefe Hussein y comunicarle que no había logrado impresionar, ni poco ni mucho, a los arqueólogos.

Hussein Kemal sonrió terriblemente... ¡Calma, Leila!... Los dioses egipcios no habían de

permitir que se llevaran adelante aquellas infamias. Y había en sus ojos tal odio que Leila tembló, pues temía por la vida de George, el lejano compañero que le había hecho entrever irrealizables esperanzas.

Poco después terminó la fiesta, que tuvo el mágico deslumbramiento de las cosas orientales.

* * *

Las excavaciones proseguían bajo la dirección de George Harrison, alma de la empresa por sus juveniles energías y a quien Spencer dejaba campo libre.

Leila y Gladys se veían con frecuencia, unidas por una incomprensible amistad.

Cierto día las dos amigas visitaron a los egiptólogos en su tienda del desierto del Valle de los Reyes.

Leila seguía conservando la amistad con los ingleses, deseosa de evitar que continuaran sus trabajos, pero sin querer usar de medios improbables para conseguirlo.

Apenas llegadas las dos muchachas al desierto, les mostraron Spencer y George los descubrimientos conseguidos.

Había entre otros objetos un hermoso anillo que tenía más valor histórico que riqueza.

Después de contemplarlo detenidamente, dijo Spencer:

—¡Es el sello del Faraón!

—Más preciosa que el hallazgo es la seguridad de que llevan buen cauce nuestros es-

fuerzos y que en breve hemos de encontrar la tumba del Faraón—advirtió George.

Leila se estremeció, pues en su alma vibraba el sentimiento del patriotismo herido ante lo que consideraba una profanación. ¡Ah!, ¿por qué turbar el sueño de los muertos? Iba a caer sobre los audaces el castigo de los Faraones... o de los vivos.

Y sin embargo Leila no quería que les sucediese ningún daño. Comprendía que George no sería nunca suyo, puesto que amaba a Gladys. Pero se resignaba a la muerte de ese ensueño de amor, procurando convertir la pasión en una buena amistad...

Mas su alma de patriota se rebelaba contra la idea de que siguieran buscando la tumba del Faraón.

Gladys había cogido el anillo del Faraón e iba a colocárselo en uno de sus dedos. Leila se lo impidió, dando un grito de terror.

—¡No se ponga ese anillo! ¡Caerá sobre usted la desgracia!—dijo.

—¡Eso son tonterías!

—No... no se lo ponga... Trae mal agüero...

A pesar de las burlas de George, Gladys acabó por ceder, y no se puso la sortija.

Gladys no estaba tampoco tranquila respecto del resultado de las excavaciones... Tenía miedo... ¿No estaban realizando algo muy malo?

Entre los naturales del país que ayudaban en

sus excavaciones a los ingleses había uno que era un espía de Hussein.

Al saber que habían descubierto un anillo y que los exploradores no tardarían en encontrar la entrada de la tumba del Faraón, alejóse de ellos y escribió unas líneas en un papel.

Después, aprovechando una hora de descanso, marchó hacia un monte cercano, donde le esperaba otro espía del jefe nacionalista.

—Ve a Karnak y entrega esto a nuestro jefe Hussein—le dijo.

El enviado emprendió rápida marcha hacia el lugar indicado.

En Karnak, otra de las ciudades fundadas sobre el solar tebaico, Hussein, entre las ruinas del suntuoso templo de Ammón, esperaba noticias de su espía.

Cuando éste llegó, leyó febrilmente el papel. ¡Malditos ingleses! ¡Conque seguían triunfalmente las profanaciones! Tembló de rabia al saber también que Leila se hallaba con ellos.

¿Por qué aquella amistad entre la princesa y los ingleses? Eso era muy peligroso.

—Leila debe estar ya de regreso del Valle de los Reyes...—le dijo—. Alcánzala con tu camello y tráela aquí.

Y esperó la vuelta, junto a los colosos del Memnón que en la ruta de la vieja Tebas de las cien puertas, viven su pétreo existencia secular.

Leila y Gladys se habían despedido de sus amigos para volver a la ciudad.

Por el camino encontraron al espía de Hussein, quien dijo a la princesa:

—Sígueme, señora. Hussein Kemal te espera.

Tuvieron que separarse las dos amigas, Leila para marchar a Karnak y Gladys para continuar su camino hacia El Cairo.

Una hora después la princesa llegaba ante el jefe de la causa nacionalista.

Hussein la habló nerviosamente.

—Por fin hallaron tus amigos la dirección de una tumba. Sólo la fuerza puede impedir que consuman su profanación.

—¡Son más poderosos que nosotros!

—¡No... no!... Hay' que vencerlos, sea como sea... ¡Cuidado, Leila!... Veo en ti un afecto peligroso hacia esa gente... y si me traicionaras....

—Yo no traiciono mi causa, Hussein... Pero tampoco quiero que se derrame sangre.

—Leila, es necesaria.

La joven le suplicó con ardorosa entonación:

—¿No dices que me amas, Hussein?

—¡Con toda la sangre de mis venas!

—Pues dispuesta estoy a ser tuya... siempre que no emplees la violencia contra los ingleses.

—Las circunstancias mandan... Lo procuraré, pero...

Abrazó a aquella adorada mujer, pero la mirada de sus ojos sanguíneos y crueles ha-

blaba de que llegaría a todo para conseguir sus propósitos.

Mientras tanto, al llegar a la ciudad Gladys, que iba montada en un borriquillo, se vió rodeada de un grupo de indígenas que pretendían agredir a un muchachito que acababa de ponerse al lado de la inglesa.

El chico había robado poco antes una sandía, y de ahí la indignación de los respetables mercaderes del barrio.

—¡Ampáreme, señora!—suplicaba el chiquillo—. Robé porque tenía hambre...

Gladys detuvo con su voz a las feroces turbas.

Llena de compasión hacia aquel muchachito, pagó el importe de la sandía al comerciante robado y éste con sus amigos se retiró, aplacada ya su indignación.

El niño en un transporte de gratitud besó la mano protectora.

—¡No me eches, señora!... Estoy solo en el mundo... Tómame a tu servicio y verás que no soy un ladrón.

—Sígueme... y veremos si sirves para algo.

Y como el chiquillo era dócil y bueno, Gladys le hizo su criadito, y tuvo en él a un fiel servidor, a un esclavo que hubiera besado las plantas de su dueña.

* * *

Unos días después e invitado por Hussein, George Harrison visitó la villa de éste, admirando la suntuosidad del palacio.

Aquella visita, de pura cortesía, dió ocasión a Hussein para desarrollar una estrategia que creía vencedora.

Hussein obsequió al arqueólogo con una copa de buen vino y un cigarrillo oriental.

El cigarrillo era hipnótico, y no habían transcurrido cinco minutos cuando George dormía ya profundamente.

Hussein, llevado de los dotes de magnetizador que también él poseía en sumo grado, comenzó a inculcar en la imaginación del inglés ideas siniestras.

—Verás qué horrible delito hay en tus propósitos—le dijo—. Quiero transportarte a los tiempos de los Faraones.

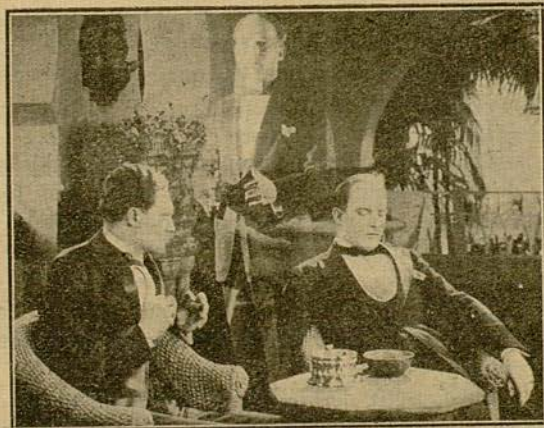
La inteligencia dormida de George tuvo la impresión de que su cuerpo se desdoblaba y de que su otro yo se levantaba del sillón y marchaba hacia el lugar indicado por el egipcio. Y en sueños vió todo lo que las palabras de Hussein le sugerían.

—Vas a asistir a unas honras fúnebres. Mira y aprende cómo mis antepasados veneraban a sus muertos—dijo Hussein.

Creyó George verse transportado a la época de la imponente grandeza de los Faraones. Estaba en la tumba de uno de los reyes. El pueblo celebraba extraños ritos. Un sacerdote acercóse al cadáver de un Faraón que iban a enterrar, y lanzó el siguiente anatema contra los sacrílegos:

—¡Maldito sea eternamente quien se atreva a turbar el santo sueño de los muertos!

La pesadilla desapareció, y George volvió de su sueño. Mirándole fríamente el egipcio, le dijo:



—Vas a asistir a unas honras fúnebres.

—¿No ha visto usted los honores que se rinden a los muertos? ¿No ha escuchado el sagrado anatema de nuestro Gran Sacerdote? Pues obre en consecuencia.

—¡Farsante! ¿Qué significa esto? ¡Usted me ha dado un narcótico! ¡Ah, miserable! ¡Nada ni nadie me hará cejar en mis propósitos!

Y marchó enfurecido, dejando a Hussein con

el amargo sabor de su derrota. No había otro remedio. Ya que no era posible convencer a aquella gente por las buenas, tal como quería Leila, preciso era aniquilarles por el mal.

Al día siguiente, Hussein habló con la princesa Leila, a quien puso al corriente de su fracaso.

—Hemos de castigar su audacia, Leila... y nadie más indicada que tú, que estás a diario en contacto con ellos.

—Pero...

—Unas gotas de ese preparado en su whisky —dijo ofreciéndole una botellita—, y así los suprimimos sin violencia ni responsabilidad.

—¡No, Hussein, no!—dijo devolviéndole el tarro—. ¡Matar, no! Toma tu veneno.

—Recuerda tu juramento y cúmplelo. ¡Ya sabes que entre nosotros la traición se paga con la vida!—rugió.

Leila marchó, desolada, sin querer atenderle... Y su corazón, todavía amante, aunque sin esperanza, de George, se hizo campo de una lucha cruel.

* * *

El avance de los trabajos en el Valle de los Reyes era premiado con éxitos cada vez más lisonjeros.

Hussein conocía por informes de su confidente los sucesivos éxitos de la excavación.

Un día, cerca del Valle de los Reyes, tuvo una entrevista con el espía, quien le comunicó:

—Ya han descubierto la entrada de una tumba al otro lado de esta roca.

Le señaló un monte cercano. Hussein sonrió y conocedor del terreno, dijo:

—No ganarán tan pronto la partida. Debajo de esta roca está una caverna que ellos no conocen aún... Por ella se puede salir al paso de esa gente. Yo la encontraré y llegaré a la tumba antes que ellos.

Y Hussein comenzó al siguiente día sus trabajos de exploración bajo la roca, a fin de poder entrar por el otro lado a la tumba del Faraón, antes de que lo hicieran los arqueólogos.

Y durante varios días, imbuído por un feroz deseo de venganza, Hussein laboró ferozmente, mientras los ingleses seguían avanzando por su parte para conseguir penetrar en la tumba.

Cada uno de los adversarios horadaba el fondo de la tierra, sin que los ingleses supieran que alguien se les adelantaba en su deseo de penetrar en el sepulcro real.

George y Spencer veían ya próxima la coronación de sus anhelos. Habían llegado ya ante la puerta tapiada de la tumba del Faraón y ahora sólo les faltaba demoler esa entrada para llegar al interior.

El jefe nacionalista se acercaba también y rápidamente a sus fines vengadores.

Fueron horas de angustioso trabajo, pero, por

fin, mucho antes de que lo hicieran los ingleses, Hussein abriendo un enorme boquete, consiguió penetrar en la cámara mortuoria.

Su alma de creyente se sintió emocionada al encontrarse en aquel sepulcro donde reposaba el cuerpo glorioso de un Faraón.

No tardó Hussein en sentir las voces de los profanadores a través del débil muro de tablas.

Sonrió terriblemente. Ignoraban los ingleses que él estuviera en el interior de la tumba. Era preciso no perder tiempo.

Se oía el golpeteo de la piqueta contra las piedras y éstas comenzaban a caer.

Hussein sacóse de uno de sus bolsillos una larga aguja y la mojó en un líquido de efectos mortales. Luego pasó la aguja por entre los intersticios de la piedra hacia el exterior.

Spencer y George se hallaban ya en la antecámara real procurando romper el último muro que les separaba de la tumba.

De pronto, mientras pretendían arrancar las piedras de la puerta, Spencer retiró vivísimamente la mano... La aguja envenenada, diestramente manejada desde dentro por Hussein, le había pinchado en una de sus manos.

Hussein retiró la aguja... Estaba contento... Acababa de producir una víctima.

Spencer se miró la mano y lanzó una exclamación de dolor:

—He sentido una punzada agudísima — dijo—. ¡Debe ser la picadura de una mosca!

Al principio no hizo caso, preocupado en

forzar la puerta, pero pronto cayó al suelo presa de terribles sufrimientos.

Atemorizado, George salió con Spencer al exterior. Allí esperaban Gladys y los indígenas, que contemplaron espantados el rostro pálido del sabio.

—¡Papá! ¡Papá!—dijo la joven.

—No te asustes, hija... Esto no será nada. Sólo la simple picadura de una mosca... Pero estoy seguro de que pasará.

Y procuraba sonreír aunque el dolor le atezaba con fuerza.

Volvieron al cercano campamento, y ante el mal aspecto que presentaba la herida, se acordó llamar inmediatamente a un médico y suspender por el momento las excavaciones.

Y entre los naturales del país que habían contribuido a la obra, reinaba un profundo terror.

—¡Ha sido la venganza del Faraón!—decía el espía.

Y esas palabras ponían en todos los ojos la expresión misteriosa del terror. ¡Ah! ¿No estaban cometiendo todos un gran sacrilegio? Y la superstición ignorante, que veía la prodigiosa mano de lo sobrenatural, no cesaba en sus comentarios.

George y Gladys no se separaban del improvisado lecho del sabio. Por fin llegó el médico, quien frunció el ceño al examinar la mano, que tenía mal cariz.

Estaba hinchada, casi negra. Receló. Al marchar dijo a George:

—Temo no poder salvarle... Se trata de un envenenamiento, pero no por una mosca, sino por un tóxico vegetal de efectos mortales.

—¿Está usted seguro?

—En absoluto. Hay algo misterioso en eso, señor.

Profundamente preocupado vió George en todo ello la mano de Hussein, al que consideraba su más grande enemigo. Tuvo la certeza de que alguien, por algún otro lado, se había introducido en la tumba del Faraón, y era el autor de la supuesta picadura.

Dispuesto a descubrir aquel misterio, se despidió de su novia, que quedó velando a su padre, y marchó hacia la tumba del Faraón.

—Quiero trabajar sin molestias. ¡Que nadie venga a importunarme bajo ningún concepto! —dijo a los obreros.

Y bien provisto de balas y con el revólver cargado, entró en la antecámara mortuoria y comenzó a romper la puerta que conducía a la tumba.

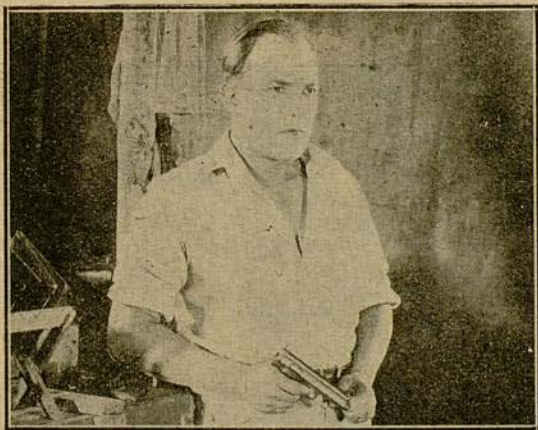
Una hora estuvo luchando hasta conseguir abrir un boquete por el que se podía pasar con holgura.

Revólver en mano entró en el sepulcro, y quedó lleno de admiración ante los mil suntuosos objetos de arte que se encerraban en él.

Su pasión de arqueólogo venció por un ins-

tante a sus ansias de vengador. Pero un ruido que descendía de una roca, revelador de lo que antes fuera indescifrable para él, le previno para la defensa.

Vió otro boquete abierto en la parte contra-



Revólver en mano entró en el sepulcro...

ria a la donde él había entrado. Ya no tuvo duda de que por allí llegaban gentes extrañas a la tumba del Faraón.

Instantes después vió aparecer la figura siniestra de Hussein Kemal. Enterado por el espía de que George había pretendido entrar en la tumba, se disponía a impedirlo con una segunda edición de su crimen.

—¡Ah, ya conozco la venganza de los Faraones!—le gritó George—. ¡Ahora vas tú a conocer mi venganza!

—¡Sacrílego! ¿Cómo te atreves?

Y sin darle tiempo de defenderse, de disparar su arma, lanzóse contra él, pretendiendo arrebatárle el revólver.



—¡Ahora vas tú a conocer mi venganza!

Durante varios minutos estuvieron luchando como fieras. A mordiscos, a dentelladas. Eran dos razas, dos odios los que combatían... Mas por fin, George disparó contra el infame Hussein y éste gravemente herido cayó a tierra.

Pero la lucha salvaje había casi aniquilado al

arqueólogo, quien dejóse caer en tierra a pocos pasos de distancia del egipcio.

Mientras tanto, Leila, enterada de lo ocurrido al sabio Spencer y viendo en todo ello la mano de Hussein, había corrido al campamento.

Al saber que George se encontraba en la tumba, gritó temiendo por aquella vida amada:

—¡La vida de George peligrará también!... ¡Hay que sacarle inmediatamente de esa tumba!

—¡Ah, Dios mío!... ¡Mi George!—gimió la enamorada Gladys.

Las dos mujeres, deseosas de salvar la vida al hombre amado por ambas, corrieron hacia la tumba del Faraón, cuya entrada estaba guardada por el espía, que había acudido poco antes.

Leila quiso entrar, pero el confidente de Hussein se lo impidió. Por fortuna, el criadito de Gladys, que había seguido a ésta, en un arranque de valentía lanzóse contra el espía, consiguiendo inutilizarle momentáneamente.

Leila rogó un instante a Gladys que aguardara, y penetró ella sola en la cámara real.

Un horrible espectáculo se presentó ante sus ojos. Vió dos hombres heridos y caídos en tierra.

Iba a avanzar cuando el miserable Hussein se incorporó y al verla, entre las angustias de una cruel agonía, dijo:

—¡Traidora, muere!

Y sacándose un revólver disparó contra la princesa enamorada, con tan magnífica puntería que Leila cayó muerta sin exhalar un grito.

Minutos más tarde, el egipcio moría también;



Un horrible espectáculo se presentó ante sus ojos.

iba a reunirse con el Faraón por cuyo reposo eterno había entregado su vida.

Gladys horrorizada, entró poco después, y llorando, corrió a auxiliar a George.

El joven arqueólogo, extenuado, se incorporó penosamente y dijo:

—Este es el hombre que hirió a tu padre... ¡Lo he matado!

Al cabo de un rato llegaron los trabajadores, sospechando hubiera ocurrido algo grave y retiraron los cadáveres de Hussein y de la pobre Leila, de la que nadie sabría seguramente la causa de su sacrificio.

Y George fué llevado de nuevo al campamento, donde las manos amorosas de su amada curaron sus heridas.

La joven sonreía, pues su padre estaba también mejor... Y George, vuelto a la vida, era feliz. Su plan se había llevado a cabo.

Semanas después, hecha su herida inofensiva para la ciencia, Spencer exhibía el tesoro arqueológico por el que había arriesgado su existencia.

Y hablando a la comisión científica que fué a ver los descubrimientos, dijo, entre otras cosas:

—...Y digan ustedes que ahora, libres de intrigas y rivalidades, seguiremos revelando al mundo los secretos de la tumba del Faraón.

Y mientras ellos examinaban esas maravillas, un poco apartados de allí, George y su amada Gladys se daban un largo beso de amor y señalaban la fecha para el casamiento. Pensaban pasar la luna de miel en Europa, para volver después a sus descubrimientos arqueológicos en servicio de la civilización.

FIN

Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

El pagano de Tahití

Estrellas dichosas

La senda del 98

Espejismos

Evangelina

Orquídeas salvajes

Esta semana:

El Caballero

por Richard Talmadge

¡SIEMPRE LO MEJOR!

Precio: 1 peseta